

Estructura y prospectiva para una historia de las ideas

JESÚS ADÁN PRADO GUTIÉRREZ

Universidad Autónoma de Sinaloa

La idea de estructurar el conocimiento trae consigo confianza; pero, sobre todo, certeza de los saberes que se manejan. Al mismo tiempo, la certeza propia de todo conocimiento permite la lectura y, después, la escritura autocrítica del estado de cosas (paso previo a las utopías y prospectivas). El ordenamiento responde a una necesidad didáctica, primero individual y luego académica-comunitaria, que requiere considerar las realidades racional e intuitiva, inherentes a la percepción en general.

Durante gran parte de la etapa formativa, en investigaciones académicas hemos descubierto dos momentos del método empleado, cualquiera que éste sea: el punto de partida, más o menos estandarizado, y el punto de llegada, rigurosamente concreto. También hemos orientado nuestra atención a los resultados, no así al posicionamiento inicial de toda indagación.

Una característica de la utopía es trabajar en sentido contrario, el inicio es concreto —la crítica que se hace de un presente no muy agradable— y la meta, universal —la diversidad de mejores mundos posibles—. La complejidad de tratar así la historia de las ideas requiere de prudencia, pues el punto de partida es algo difícil de retener, porque en principio se presenta como múltiple y su punto de llegada no está orientado con claridad a una solución concreta.

Por lo anterior, primero delinearemos la historia de las ideas,¹ resaltando la relevancia que tiene para la metodología de esta disciplina su propia epistemología situada, es decir, su racionalidad contextuada como principio ordenador. Segundo, hablaremos de la apertura existente respecto a los productos que arroja la historia de las ideas frente a la base ontológica del conocimiento tradicional. Y, tercero, referiremos la necesidad de aplicar menos posturas anárquicas a las posiciones utópicas y mayor libertad a la rigidez que encierran las normas.

1. ¿Acaso significa algo tener una estructura racional para la historia de las ideas?, ¿es relevante desarrollar una estructura racional en el mismo sentido en que se hace para el conocimiento científico?

1 El punto de llegada, o resultados, será determinado por la propia temática de investigación elegida. Aun así, si atendemos a la hermenéutica analógica comprenderemos que los polos en tensión se equilibran y complementan, pero siempre 'cargados' a la diferencia. Unas veces el tema será determinante; otras, la posición situada hará la diferencia entre las interpretaciones filosóficas —nunca excluyentes, pues donde exista univocidad se acabará la hermenéutica analógica—.

Estructurar el punto de partida de una guía para historiar las ideas es fundamental; aunque en la propia idea de estructura esté implícita la de límite, que no se entiende como una barrera infranqueable, más bien nos ayuda a ‘armar’ ese punto de partida. Los supuestos epistémicos no necesariamente tienen que ser distintos a los tradicionales; sin embargo, “la epistemología es el ‘lugar’ desde donde nos colocamos en el mundo” (Peter, 2004: 77). Esta base de conocimientos no es otra cosa que un *a priori*, una referencia desde la cual podemos reflexionar sobre nuestra propia realidad. Además, es un punto desde el cual podemos diferenciarnos de las interpretaciones venidas desde otras geografías. Lo anterior coincide con la ubicación de la historia de las ideas que “puede visualizarse como colocada entre una sociología del conocimiento y una filosofía de la historia. Como una disciplina que linda entre la objetividad del objeto de estudio y la subjetividad de aquellos que la producen” (Cerutti, 2003: 16).

Así, la tradición científicista de un conocimiento sistémico (susceptible de ser transmitido en el proceso enseñanza-aprendizaje) siempre tendrá un referente externo, salvo que sea presentado como un absoluto y corra el riesgo de caer en ambigüedades, a saber, que sus contornos y límites no alcancen a explicar la realidad que le circunda.

Bajo la idea de estructura está entonces la de ordenar el conocimiento. La propia forma de entender la historia de las ideas exige un orden o acuerdo, al menos del punto de partida; es decir, de cómo entendemos nuestra disciplina dentro del ejercicio inicial de un tema tratado. De este modo, entendemos la historia de las ideas como el resultado de un recuento de las ideas y del pensamiento juntos. Pero, armar la metodología de la historia de las ideas implica reconocer las características limítrofes del ejercicio metodológico, al menos en su origen. Salvo una mejor opinión de los compañeros que integran el círculo de estudio sobre la historia de las ideas,² la delimitación —que no necesariamente implica limitantes— se encuentra entre el uso excesivo de la metáfora, como expresión académica cotidiana de entendimiento, y la capacidad de prescripción traducida en reglas, que tiene mayor presencia en la racionalidad tradicional, la cual no se desarrolla en solitario, sino en conjunción con otras áreas del saber, de tradiciones orales y metafóricas (¿su álter ego tal vez sólo para legitimarse claro y distinto?).

De este modo, reconocer cierta libertad con respecto a la tradición científica no implica anularla o denostar su importancia. La pobre uniformidad en la producción, distribución y aplicación de conocimiento científico ha obligado a la creatividad a explicar su propio tiempo-espacio a través de fábulas, poesías y metáforas. No se niega la riqueza de la metáfora y la relevancia que tiene para las diferentes tradiciones, pero su uso debe ser prudente, al menos para delinear una estructura metódica como punto de partida. Veamos esta

2 Grupo interdisciplinario de filósofos y latinoamericanistas que se reúnen desde hace poco más tres años en la Ciudad de México. Su fundamento y objeto de estudio es la historia de las ideas; su finalidad, tratar temas propios, asumiendo sus desarrollos académicos y de investigación como filosofía mexicana. Mucho de lo aquí escrito forma parte de la reflexión colectiva del grupo.

base epistémica con algunos ejemplos que nos ayuden en nuestro armado:

La epistemología —recurriendo a otra metáfora más— es el “ojo de la aguja”, no la aguja, a través de la que vemos, observamos y nos acercamos a la realidad. La epistemología es el “lugar” desde donde nos colocamos ante el mundo. Si usáramos la imagen del trapecio, la epistemología sería la barra a la que el trapecista se sujeta (Peter, 2004: 77).

Nuestra barra son los acuerdos, pues como conjunto de conocimientos de una comunidad epistémica, éstos son necesarios. Al menos el de los parámetros que caracterizan una actividad o una orientación general del conocimiento que se posee. Las comunidades científicas, por lo regular, tienen un tipo de acuerdo, objetivo y universal dentro de las principales características que las unen. Pero, para una comunidad que, en perspectiva, se identifica con la historia de las ideas existe este tipo de orientación sin llegar a una delimitación dura. La percepción que se tiene de la realidad se distancia de aquella concepción, pues su ‘saber’ no precisa de verdades absolutas, al menos no en el sentido de la ciencia natural; sin embargo, podemos otorgarle el mismo sentido con términos no tan metafóricos o utópicos. Más cercano al discurso epistémico, gnoseológico.

El supuesto de nuestra cognición y acción, el eje que sostiene nuestra intelección y comprensión, sugiere una manera de estructurar o formar nuestra manera particular de percibir, de razonar, de sentir, de relacionarnos, de definirnos frente a los acontecimientos, hechos, cosas y personas. En este sentido, decimos que la epistemología es el supuesto, aquello sobre lo que está “puesta” la percepción, lo que constituye la conjetura, la hipótesis, la presunción y, en cierto modo, la evidencia del modo de conocer como conocemos (racional o intuitivamente) (Peter, 2004: 77).

Con el uso de la metáfora se intenta establecer la relación entre la realidad propia y la ajena, entre lo que se tiene y lo que se carece. La metáfora pretende rescatar el mundo desde la misma realidad en la que se enarbola; su alcance es engañosamente universal y su aplicación, diferenciada. Sólo su validez es universal. Su pretensión es transformar la existencia; pero sólo en un primer momento la existencia situada, es decir, la existencia propia.

2. La existencia situada implica al existente inmediato, a lo que reconoce como parte de sí, como relación necesaria de complementariedad entre la existencia y el existente, pues generar un resquicio de idealidad lo pondría en franca fantasía.³ Si observamos con atención, la utopía entendida como algo objetivo y alcanzable desarrolla una función bastante similar.

En relación con la idea de complementariedad, Nicol señala:

La constitución ontológica del hombre sólo se presenta en los modos ónticos de su existencia; y siendo histórico este ser, la ley de sus modos reales de existencia, y sólo ella, había de darnos la clave de su estructura fundamental. La vía de acceso más rápida (después de lo

3 Según Fernando Ainsa esto hace la utopía concebida en sentido peyorativo como algo inalcanzable, imposible e irrealizable (1999: 17).

que se había ya logrado en *La idea del hombre*) era el análisis de los conceptos de espacio y tiempo, por cuanto éstos poseen la condición privilegiada de expresar sendos rasgos constitutivos del ser humano: la espacialidad y la temporalidad (1955: 140).

Ahora bien, la percepción determina la intencionalidad de las acciones que se tienen sobre los objetos de indagación. Por un lado, la concepción que se tiene de los existentes, las cosas y los objetos varía según las condiciones de racionalidad desarrolladas en contextos propios. Por el otro, la existencia de los sujetos forma parte de un ente complejo, que difícilmente puede ser evaluado de la misma manera en que se hace con el existente. Por lo que la ontología que subyace se entiende de forma diferenciada en existentes y existencias.

Los aspectos de aplicación vinculados con factores que involucran racionalidad requieren, al menos, que dicha racionalidad se aprecie como alternativa, que pueda convivir, en forma complementaria, con la intuición que permea la vida individual y social del sujeto.

Es arduo hablar de un modelo delineado de acuerdo con las condiciones propias de la cientificidad tradicional; pero se puede caracterizar un punto de partida modélico integrado por términos, definiciones y conceptos comunes a la temática de la historia de las ideas.⁴ El apartado que integra la explicación, con cierto grado de certeza, es análogo a la estructura de racionalidad tradicional sólo como símbolo o metáfora que permite la multivocidad del conocimiento. Sin embargo, se aleja del apartado caótico al hacerlo de manera prudente, con frónesis, sin presentarlo como conocimiento único y absoluto, mediante la hermenéutica analógica.

Una posible utopía en metáfora aparece sólo como orientadora, no se presenta como el cambio de lo impuesto por un tipo nuevo de imposición. El apartado crítico, más bien, se reestructura por una postura de equilibrio y balance complementario que, al igual que en la hermenéutica analógica de Beuchot, tiende a la diferencia para que la metáfora siga su función fructífera de sentido y se planteen alternativas plurívocas de relación social. Pues así como cuando existe un solo sentido, una interpretación única, se termina la hermenéutica analógica, del mismo modo la metáfora desaparece.

Con recurrencia, se reprocha a la historia de las ideas su falta de rigor lógico y conceptual, lo que, sin embargo, también es un indicador del lugar que ocupa la disciplina de la historia de las ideas dentro del saber universal. El objetivo no es presentarse como ruptura de paradigmas; aunque sí debe pensarse dentro de las diferentes rupturas teóricas que presenta el saber a lo largo de la historia. Por ello reconocemos que la estructura del concepto es

4 Guillermo Hurtado lo intuye, a pesar de que su tradición formativa es una fuerte barrera. En un ensayo sobre Luis Villoro realiza la siguiente consideración a pie de página: "Se podría objetar que no he probado que haya una 'regla de uso' del verbo 'saber' y que lo que digo acerca de ella es poco. Creo, sin embargo, que aunque no hubiera una sino varias reglas o no hubiera ni siquiera algo que pudiéramos llamar con propiedad una regla, podríamos, a partir de la observación del significado de saber (o de uno de sus significados centrales) extraer la conclusión que pretendo" (2003: 121-134).

la forma más elemental de reconocimiento de identidades temáticas y disciplinares. Dentro de la historia de la ideas tendemos a darle mayor relevancia a las creencias, porque nos ayudan como orientadoras donde se presentan barreras o ausencias explicativas.

3. Es común confundir las condiciones bajo las cuales un ser humano puede ser señalado como racional con base en las leyes y normas que rigen el razonamiento. Estas consideraciones se encuentran en el seno de una racionalidad tradicional, de nuestra tradición universal de conocimiento.

Los contextos van determinando las condiciones y características propias de una normatividad en concreto (alimento de leyes en abstracto o universales) y las utopías se presentan donde hay mayor carencia de libertades. Ahora bien, sabemos que una libertad sin límite es anarquía pura, pero también que es sumamente difícil vivir en la dureza de la norma. Aquí las posturas utópicas de trascendencia se hacen presentes; al menos, es posible presentar estructuras de conocimiento 'razonables' como sistema.

Esta caracterología no pretende desplazar la verdad universalmente aceptada como objetiva. No obstante, se requiere tener una actitud de apertura respecto a nuestra posición situacional de contextos siempre en relación constante. Los casos concretos y diferenciados que vivimos como sociedad nos ayudan a cuestionar, de mejor manera, la idea de lo global como unidad y agilizan, además, el acercamiento de polarizaciones. Estos extremos, presentados así, siempre son excluyentes, tal vez, porque "deambulamos más por el lado racional de la mente que por el intuitivo" (Peter, 2004: 119). A ello se debe la presencia de utopías, metáforas y poesía, creatividad pura para tener ambientes más respirables.

Las condiciones en que el sujeto desarrolla sus actos son contextuales y las leyes, debido a su carácter prescriptivo, tratan de delimitar al individuo en ese accionar, sin embargo, el actuar humano rebasa por lo común la idea de prescriptividad y busca nuevas formas de interpretación de las actividades humanas en relación con su realidad propia e inmediata. La razón se constituye de racionalidades, del mismo modo que la filosofía se constituye de filosofías.

Nuestra propuesta considera la interacción dialécticamente abierta entre lógica, coherencia, intencionalidad, pertinencia, analogía y equilibrio. Entonces, la racionalidad no es una sola, sino diversas dentro de una unidad, delineada y desarrollada por ciertos principios regulativos como el ideal de prudencia, que también es una virtud.

En la idea de la formación se encuentra implícito un aspecto didáctico, desde el que se plantea una problemática común: que sea entendido en el propio contexto y que tenga la posibilidad de ser explicado. La tradición solamente trasmite conocimiento, la nueva tendencia es ir contra la tradición, pero rescatando lo necesario y pertinente de ésta, la cual solamente es un emisor del pasado, que tiene un receptor en el presente y ello inhabilita

cualquier efecto; sin embargo, éste podría lograrse mediante un ejercicio dialógico, de reconstrucción de sentido, lo que significa hacer una reflexión de segundo nivel filosófico. Se requiere del reconocimiento de un horizonte ontoepistémico que necesita ser ubicado y fijado por el intérprete, para nuestro caso desde un filosofar mexicano. Si creemos que la regla abstracta de universalidad da los resultados ‘verdaderos’ y propiamente objetivos, nos mecanizamos aplicando una racionalidad de orden técnico. La construcción de la utopía requiere del ejercicio libre del pensamiento, pero con límites.

La racionalidad caracteriza a todo ser humano, no es exclusiva de algunos pueblos; esta situación excluyente es, más bien, una forma de poder, no de racionalidad. El aspecto político del ejercicio del poder nos descubre una realidad contextuada, circunstanciada, que permite ser interpretada por analogía partiendo de la realidad social en la que nos encontramos inmersos.

La hermenéutica nos resuelve el problema entre positivismos y romanticismos. Quedarnos en una filosofía a secas es quedarnos en una filosofía sin temporalidad, hipotética; pero el pensar y el sentir nos dicen que tal situación intemporal no se presenta de ese modo. Lo que ocurre es un diálogo entre la idea y la estructura del conocimiento dada por una interpretación unívoca, sin una construcción conceptual que predetermine dicho diálogo relacional, para darle un carácter de apertura que permita ese viaje de ida y vuelta de nuestro filosofar, que es salir y comprobar en dialéctica permanente.

No creo que la hermenéutica analógica sea lo único que apunte a la filosofía mexicana, la historia de las ideas filosóficas también la complementa y, a su vez, fortalece la propuesta que poco a poco está ganando mayor simpatía y no por ello menos rigurosidad en nuestro rescate, construcción y resemantización.

REFERENCIAS

- Ainsa, Fernando (1999), *La reconstrucción de la utopía*, México, Unesco.
- Cerutti Guldberg, H. y M. Magallón Anaya (2003), *Historia de las ideas latinoamericanas ¿disciplina fenecida?*, México, Universidad de la Ciudad de México/Casa Juan Pablos.
- Hurtado, Guillermo (2003), “¿Saber sin verdad? Objeciones a un argumento de Villoro”, *Crítica. Revista Hispanoamericana de Filosofía*, vol. 35, núm. 103, pp. 121-134.
- Nicol, Eduardo (1955), “Los conceptos de espacio y tiempo en la filosofía griega”, *Diánoia*, vol. 1, núm. 1, pp. 137-180.
- Peter, Ricardo (2004), *Introducción a lo humano, epistemología del límite*, Puebla, BUAP.

JESÚS ADÁN PRADO GUTIÉRREZ. Profesor e investigador de tiempo completo de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Autónoma de Sinaloa. Estudió la Licenciatura en Filosofía en la Universidad Autónoma de Sinaloa y la Maestría en Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesor con perfil PROMEP de la Universidad Autónoma de Sinaloa, pertenece al cuerpo académico: Humanismo e Identidad Cultural. Sus líneas de generación del conocimiento son: razón y racionalidad; historia de las ideas; presencia del humanismo en la legislación de medios y el derecho a la información; discurso histórico-social en las políticas culturales; era de la información: diálogo y olvido; hermenéutica analógica en ciencias de la comunicación.